

Una llamada a la cordura

Manuel de Castro
Secretario general de FERE-CECA y EyG

Desde hace poco menos de un año venimos asistiendo a un exacerbado e imprevisto debate social en torno a la nueva asignatura de Educación para la Ciudadanía introducida en la LOE. Un debate que ha barrido como por arte de magia, todas las demás preocupaciones educativas

YA NOS HEMOS olvidado de la violencia escolar y del fracaso escolar y muy pronto terminarán por apagarse los ecos del último informe de la OCDE sobre la enseñanza secundaria no obligatoria. Ciertamente la cuestión que la nueva asignatura ha puesto sobre el tapete no puede calificarse de baladí. Se trata nada más y nada menos que de definir qué valores éticos y morales queremos ofrecer a las jóvenes generaciones y cuál debe ser el papel que familia y escuela deben desempeñar a este respecto. Está en juego la salvaguarda del derecho que todas las familias tienen a que sus hijos reciban en la escuela la educación moral que desean para sus hijos. Un derecho que se ve conculcado cuando el Estado o las administraciones educativas tratan de imponer ideologías o valores particulares no compartidos.

Aunque con la nueva asignatura se introduce en la escuela un elemento más que hace posible el adoctrinamiento, no podría entenderse la resonancia social y mediática que el debate está teniendo sin tener en cuenta la complejidad de las causas que lo motivan. Hay, por supuesto, una fundada preocupación moral, pero también inciden con fuerza otros elementos e intereses ajenos a la misma. De otra forma no se entendería la nula reacción social que se produjo cuando, por ejemplo, la LOGSE introdujo en el currículo como asignatura obligatoria la Ética de 4º de la ESO, con dos horas semanales en las que se han abordado muchas de las cuestiones que ahora se consideran inaceptables. El tiempo decantará el origen y la naturaleza de esta loable preocupación de los padres por los valores que se trasmite a sus hijos en la escuela.

A pesar de que estoy plenamente convencido de que la educación en valores cívicos debe estar presente en la escuela, las instituciones que represento (FERE-CECA y EyG) votaron en contra de la implantación de esta asignatura, al igual que la mayoría del Consejo Escolar del Estado. Por otro lado, si bien es cierto que la Unión Europea ha aconsejado a los Estados miembros la introducción en la escuela de la formación cívica, las fórmulas elegidas han sido diversas, así como los contenidos que finalmente conforman esta asignatura. La polémica se hubiera paliado de haberse podido llegar a un consenso sobre sus contenidos, cosa siempre deseable, para evitar la inclusión de valores o ideologías, muy respetables todas ellas, pero no compartidas, evitando así el que las aulas se conviertan en un espacio de lucha ideológica. Lo cierto es que no ha habido acuerdo con todos, posiblemente porque el único acuerdo que algunos deseaban era la retirada de una asignatura ya convertida en símbolo para otros.

He participado en las negociaciones de los contenidos de Educación para la Ciudadanía movido simplemente por la convicción de que, una vez aprobada la LOE por el Parlamento, nuestra obligación como centros homologados era impartirla. El actual currículo del MEC es abierto y ofrece la posibilidad de que surjan libros de texto con posiciones éticas confrontadas sobre determinadas cuestiones (cosa que ya hemos podido comprobar); de que en los

centros confesionales podamos adecuar los contenidos al carácter propio (por eso hemos rechazado la objeción de conciencia en nuestros centros); y de que en los centros públicos surja algún profesor que no mantenga la neutralidad ideológica y moral que sería de desear. En este último caso habrá alumnos que se puedan sentir agredidos en sus convicciones morales personales, sea cual sea la postura del citado profesor, confesional o laica. Por todo eso hemos defendido el derecho de los padres a exigir que sus hijos sean educados en la escuela en sintonía con sus convicciones.

Sumar esfuerzos

ES LAMENTABLE que ante la imperiosa necesidad que todos sentimos de armar moralmente a nuestros jóvenes, familia y escuela estén a la greña sobre a quién le corresponde la tarea de educar en valores en vez de sumar esfuerzos y acordar los valores a transmitir. Lo peor que podría ocurrirnos sería el abandono de ciertos campos objeto de disputa, que serían ocupados, si no lo están ya, por otras instancias (los medios de comunicación, la calle, los amigos...) a quienes nadie les ha confiado la responsabilidad de educar, pero que en la práctica la están ejerciendo con gran poder de seducción.